

La mirada cítrica

TEXTO: MÓNICA LAVÍN

Me gustan las cantinas porque la vista se deleita con la sorpresa, con la falta de concierto, con la disparidad y la variedad. Prefiero una mesa en la orilla porque el resto del salón se despliega para mí como si estuviera frente al mar, nada más que el oleaje es humano, imprevisto y satisface el fisgoneo. Uno tiene permiso para mirar, con discreción desde luego, sin ofender, que cada quien está allí por diferentes razones, aunque la principal es quererla pasar bien. No digo de juerga, en estridencia vulgar, me refiero a la cantina donde la gente bebe y come y se está un buen rato y la botana acompaña la bebida, lo cual es un trato afortunado para muchos. También he descubierto que el tequila es buena lupa, le pone a uno los ojos alimónados, su transparencia ayuda a mirar mejor. En cambio el vino, que no es compañero de cantina, entona el ánimo con los acompañantes, produce camaradería, afecto, una elegante alegría y un deseo de platicar. Con la lupa del tequila observo a la familia del rincón. El niño es igual al padre, pelo rizado alborotado y no deja de pararse de la mesa.

En la mesa de al lado, ella lleva un pelo de falso rubio y va muy arreglada, cuando se pone de pie charrita, exhibe un cuerpo de vedette al que deben ayudar los tacones en el escenario; él va en camiseta, Rimbras o algo por el estilo, y la considera vestidora, ad hoc con el arreglo de su morra. Lleva cadena y pulsera dorados y aunque es delgado actúa como musculoso, su peinado engomado es pulcro y le quita a la camiseta el pudor de prenda íntima. A la derecha una pareja mayor se disfruta plácidamente, ella lleva los párpados (no azules) verdes y come con gusto el chamorro adobado. Llegan cuatro, dos mujeres y dos hombres,

la mujer mayor es muy gorda y va peinada con laca, el hombre que la acompaña es bajito y menudo. ¿Será su mujer?, ¿cuando se conocieron se gustaron por la desproporción de sus tallas? El joven parece un licuado genético de los dos: corpulencia de mamá, aunque aminorada y ojos del padre. La otra mujer podría ser su esposa y entonces uno diría que eso de que se escoge la pareja parecida al padre o a la madre se cumple, si es la hermana ídem. Dos muchachos jóvenes se han instalado cerca, uno va en silla de ruedas y es muy guapo. ¿Un accidente? Me gusta su rostro que también mira a las mesas y no parece achicarse por su condición. Me gusta que vaya a la cantina. Y lo que sin duda me asombra es que el hombre de la derecha que ha comido solo, un pescado a la plancha con arroz, que ha bebido solo, y que hace un momento cerró los ojos por un rato y tuvo que ser conducido a la caja para pagar y poder recibir su refill, se pone de pie con la dignidad recuperada y se despide con un "buen provecho". También esa familia de padre orgulloso, zapato bien boleado, esposa a su lado, hija mayorcita por delante, larga un buen provecho antes de salir como si fuéramos todos parientes o amigos. Es un gesto amable. La cordialidad aceita el ánimo y azuza el deseo de despedirme de la misma manera, con esa generosidad por el gusto de haber compartido el espacio de nuestras mesas, donde mejor se ventilan las tribulaciones y se sazona la vida. •

MÓNICA LAVÍN

Ciudad de México, 1955. Escritora y periodista. Ha publicado *Café cortado* (Plaza & Janés) y *Despertar los apetitos* (Alfaguara), entre otros libros.